



Director.
Ramón Junoy Sansalvador
Presbitero.

Editor.
Lic. Víctor Trejos

Administrador.
Federico Jara Bogantes

Semanario Religioso

Organo del CENTRO CÁTOLICO

Con Censura Eclesiástica

Redactores:

Lic. Matías Trejos

Lic. Víctor Trejos

Profr. Ricardo Rodríguez

Evangelio de la Dominica

El Evangelio es de San Mateo, Capit. XXI

En aquel tiempo: Acercándose Jesús a Jerusalén y habiendo llegado a Betfage al pie del monte Olivete, envió dos de sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que está enfrente de vosotros, e inmediatamente hallaréis una pollina atada, y con ella su bucheillo. Desatadlos y traedmelos, y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor los necesita, y al instante los dejará traer. Todo esto sucedió así para que se cumpliese lo que estaba anunciado por el Profeta, cuando dijo: Decid a la hija de Sión: Mira a tu Rey que viene a tí, en espíritu de dulzura, montado sobre una pollina, y sobre el bucheillo

de la que lleva yugo. Fueron los discípulo^s e hicieron lo que Jesús les había mandado. Trajeron la pollina y el borriquito, y habiéndolos cubierto con sus vestidos, le hicieron subir encima. Al mismo tiempo, innumerables gentes extendieron sus vestidos por donde había de pasar, otros cortaban ramas a los árboles, y con ellas sembraban el camino. Las tropas que iban delante, y las que seguían, clamaban: Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en lo mas alto de los cielos!

MEDITACION

Sobre el misterio de este día

Considera que no hubo jamás demostración de gozo más justa, más bien

fundada, y aún se puede añadir, más afectuosa y más sincera que la que el pueblo que salió de Jerusalén testificó en este día a la llegada del Salvador. Movidos de las pasmosas maravillas que Jesucristo obraba en toda la Judea tres años había de las que la mayor parte de los que contribuían más a este triunfo habían sido testigos, no podían dudar que aquél que venía a Jerusalén fuese su Salvador, Su Redentor y su Mesías. Animados de aquél celo que inspiraba la veneración, y que el amor hace tan generoso, salen al encuentro a aquél que aguardaban había tantos siglos: acompañan el triunfo del Salvador del mundo con piadosos deseos, voces y gritos del viva el Mesías: *Hosanna*: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: todo resuena con las aclamaciones de aquél devoto pueblo.

La Semana Santa

Han vuelto los días de la Pasión, consagrados por los dolores inefables de Cristo e impregnados de la suave tristeza del Calvario.

La Iglesia conmemora el sacrificio augusto de la redención; y, tomando en sus labios las lamentaciones lúgubres del profeta Jeremías, ofrece a la conciencia humana la imagen de Jesucristo muerto en el Calvario para la redención del mundo; presenta a los disipados ojos del mundo la figura del Mártir divino del Gólgota; alza en sus manos la víctima expiatoria preparada por el mismo Dios para aplacar las iras de su justicia vengadora; y evoca en el escenario del mundo al varón de dolores que, en frase de Isaías, supo de tormentos y entendió de enfermedades y lleva en sí el bálsamo de toda pena, el remedio de todos los infortunios.

En el transcurso de estos días van desarrollándose las trágicas escenas del drama sagrado, desde la agonía de Getsemani hasta el último aliento del Cristo moribundo en la Cruz, y vamos recordando con toda su tristeza e ingratitud el beso del traidor, las vergonzosas negaciones del discípulo, las hipocresías y cinismo de los Pontífices y fariseos, la indecisión del inicu juez, la fiera sangrienta de los verdugos que desgarran la carne virginal de Jesús, los alaridos de la multitud que pide la sangre del justo; después, la subida del Calvario entre dolores y afrentas y finalmente el suplicio horrendo de la crucifixión.

Y mientras el hombre tenga en su pecho un corazón sensible y fulgure en su mente el rayo de la fe, el recuerdo del sacrificio de nuestra redención será el suceso culminante de la historia humana, constituirá en medio del erial de la vida la fuente abundosa de místicas emociones, de profundas meditaciones, de sanas enseñanzas; porque la sangre del Salvador del mundo, derramada en el Calvario, no solo es el rocío del cielo que lava los pecados de toda la humanidad, sino que es el germen de todas las sublimes verdades que son fundamento de la sociedad e ideal de las generaciones cristianas.

Los perseguidores de Cristo habían pretendido destruir su autoridad, aniquilar su sagrada misión; pero la crucifixión es la apoteosis de las enseñanzas del Divino Maestro; los dolores abriñan sus palabras con la luz augusta del ejemplo y en la cima del Calvario halla su más acaba perfección la cátedra levantada en el Tabor y en el monte de las bienaventuranzas.

Si Cristo había dicho: ¡Bienaventurados los pobres! nadie más pobre que El, que no tuvo donde reclinarse su cabeza,

murió en una cruz y fué sepultado de limosna.

Si había dicho: ¡Bienaventurados los que lloran! nadie lloró lágrimas más amargas que las que lloró El, que conocía perfectamente el abandono y la ingratitud de sus amigos.

Si dijo: ¡Bienaventurados los mansos! ¿quién lo fué más que este resignado Cordero, objeto voluntario de todas las afrentas y dolores?

El dijo: ¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia! y con los más atroces tormentos satisizo a la justicia ofendida del Padre y estableció el reino de la verdadera y única justicia.

El había dicho: ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia! y con su pasión cruenta manifestó admirablemente las ansias de redención que le habían hecho descender del cielo a la tierra.

Había dicho: ¡Bienaventurados los misericordiosos! y por la compasión que de nuestras miserias tuvo todos los dolores le parecieron pequeños. El, en fin, había preconizado la limpieza de corazón, la paz de las conciencias y era la santidad misma, el Angel portador de la paz universal.

Por eso, Tertuliano, mirando al Crucificado, exclama: «El Rey nuevo de las nuevas generaciones avanza con el cetro de su poder y de su gloria; y por eso, Jesús crucificado es, en este valle de lágrimas, toda la fortuna doctrinal, todo el tesoro de consolación y gloria del Cristianismo.»

Jesús muerto en la Cruz, su cuerpo, inanimado; sus ojos, entreabiertos; sus labios, cárdenos; su pecho, trasgado; su corazón, herido; sus pies, encavados y su cabeza punzada, todo El respirando amor dulcísimo y tiernísima misericordia es para el cristiano algo augusto, algo sagrado e inefable, es la hendidura de la roca misteriosa, la puerta del arca de salvación, el nido de las místicas palomas, el tabernáculo sagrado de que brota el bálsamo de los sacramentos y la ciencia del Cristo y San Buenaventura, el centro misterioso de la santidad, de la vida y de la magnificencia de la Iglesia.

Cristo crucificado es ley ineludible de la historia; cuando en aras de la Cruz fué exaltado sobre la creación, atrajo a sí mismo todas las cosas, y las que a El no se unieron por el amor y en El hallaron la paz y su felicidad, se separaron de El por el odio, y sin El no puede explicar sus miserias y degradación. Interrogad a los siglos, recorred todos los pueblos: en medio de la diversidad de lenguas, de costumbres y de climas, domándolo todo, veréis a Cristo alzándose entre el amor de los unos y el odio de los otros, como signo de contradicción, enseña de antagonismo y centro simultáneo de los más grandes amores y de los odios más profundos.

Con un escritor contemporáneo po-

demostramos decir que el Crucificado es el sol que nace en el horizonte del mundo; y el mundo moral, como el globo terráqueo, está dividido en dos hemisferios, el uno bañado en los resplandores de libertad, santidad y civilización que irradia la Cruz y el otro sumido en las tinieblas del vicio, de esclavitud y barbarie que difunde la tiranía de una ciencia autónoma o un fetiche de oro.

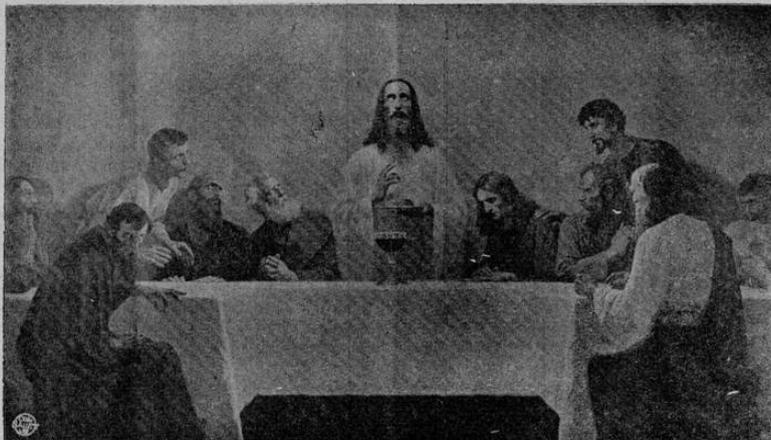
Para los que vivimos en la región de la luz, la gloria de Dios brilla en los luminares del firmamento; su sabiduría lanza sobre la frente humana un reflejo de la divinidad; su justicia impera en los abismos del infierno y ordena los castigos temporales; su bondad y misericordia están arrojando incesantemente brasas encendidas sobre nuestro ingrato corazón; su providencia escribe sus anales en la historia de todos los pueblos; y cada una de las infinitas perfecciones de Dios va delineándose y dejando su rastro luminoso en las perfecciones limitadas de las criaturas; pero en Cristo crucificado, obra sobrenatural y divina de todas las perfecciones de Dios, brillan juntos todos los misterios: *Fulget Crucis Misterium*, se encuentran todas las enseñanzas y se hallan todas las consolaciones.

En estos días sagrados de la Semana Santa, las almas religiosas, muchedumbres innumerables de todos los pueblos y de todas las razas, dando al drama de la Pasión su más cristiana y auténtica interpretación, adoran y bendicen a Jesucristo, lloran lágrimas de contrición y piedad con el recuerdo de sus dolores y bañan sus conciencias en la sangre de Cristo, que les purifica de las escorias del vicio y apaga los ardores de las concupiscencias de la vida.

No importa que el mundo, apático e indiferente, se olvide de confesar y reconocer a su Dios y Señor; no importa que seres extraviados por el orgullo de una civilización vana le nieguen el homenaje de su gratitud y de su fé; tampoco importa que las multitudes, alocadas por el señuelo de regeneración social que agitan impíos perturbadores, renueven con saña brutal las escenas del Pretorio y del Calvario y repitan las blasfemias y los oprobios de la plebe deicida; nada importa todo eso, si los católicos, sin necias vacilaciones ni distinguos astutos, nos ponemos al lado de Cristo y ofrecemos nuestro pecho al avance de la descarada impiedad; si, purificadas nuestras conciencias en la sagrada piscina de los sacramentos y postrados de hinojos bajo las naves del templo en que se alza entre luces amarillentas el cuerpo lívido de Jesús, le rendimos el homenaje de nuestras conciencias y le ofrecemos la sangre de nuestras venas; porque Cristo ya no muere y los que por El y en El mueren serán partícipes de su resurrección gloriosa.—FR. M.

JUEVES SANTO

El Sacramento de Amor



La grandeza y solemnidad de este día publica enseñanzas sublimes, regaladas finezas, inefables misterios. Cesan transitoriamente los acentos desolados y quejumbrosos ecos de la Iglesia católica en estos días consagrados a la Pasión, y resuenan las notas, alborozadas de esta fiesta enaltecedora de sucesos, siempre memorandos. Los ámbitos augustos y severos de nuestros templos no rezuman sentimientos de dulce melancolía; las ceremonias del culto y los esplendores de la liturgia cristiana afectan en los espíritus impresiones festivas al llegar la mañana de Jueves Santo.

La albuza y magnificencia de los altares, los destellos de las luces, la armonía de las voces y los sonidos de las campanas se aunan al «Gloria in excelsis Deo» para entonar loa sublime, para cantar jubilo himno a la manifestación más excelsa del amor de Dios hacia el hombre.

Cuando la Iglesia conmemora las escenas dolorosas de la Pasión no puede menos de considerar con estupor y reconocimiento el momento venturoso en que el Salvador de los homines dió férvida prueba, testimonio soberano de amor, de publicar con entusiasmo el prodigio sobre los prodigios realizado por su adorable persona en la augusta escena del Cenáculo instituyendo el misterio insondable de la Eu-

caristía, de sublimar la grandeza, la excelsitud de ese beneficio, que humano entendimiento no puede comprender, ni corazón de hombre cumplidamente agradecer.

Jesús es amor cuando viene a la tierra en el humilde establo de Belén revestido con el ropaje pobre e instable de carne mortal sufriendo la intemperie de los elementos y el desvío de los hombres; amor intenso que reflejan los rayos que derrama el luminar encendido en las regiones estelarias por el Eterno Padre para publicar su nacimiento.

Es amor en los albores de su vida cuando derrama gustosamente su sangre bendita en la circuncisión dolorosa, y se ostenta abatido y humillado por el peso de las humanas prevaricaciones, y se ofrenda generosamente a ser representante y fiador del hombre culpable y criminal y a sufrir los rayos ultrices de la divina indignación.

Es amor en el decurso de su vida pública; es fino y desinteresado amor del pueblo que cifra sus complacencias en contemplarse rodeado de muchedumbres humildes e inductas que, de todas partes y principalmente de Galilea y de Judea, corren presurosos a escuchar su doctrina salvadora, a contemplar embelesados su celestial figura, a recibir de su mano providen-

te los más señalados e insólitos favores.

Tan grandes y poderosas fueron las corrientes de amor que el Divino Salvador estableció entre él y el pueblo judío que los enemigos de Jesús pudieron difrazar la horrenda persecución que fraguaban presentándola como causa política: «Jesús—decían—es peligroso para la autoridad del César, porque es un falso Profeta que arrastra las muchedumbres.»

Los protervos embaucadores en nuestros días como los mentidos reudentores del pueblo en todos los siglos logran seducir y dominar las masas halagando sus bajos instintos, soliviantando concupiscencias insanas, esparciendo lúgubres y nefastas doctrinas que envilecen los individuos y corrompen las sociedades.

Jesús no condescendió jamás con los yerros y vicios populares.

El judío de la plebe aborrece al samaritano; Jesús reconviene tan necia e insana preocupación.

El pueblo judío estima a los fariseos; Jesús se muestra constantemente enemigo declarado de aquellos sepulcros blanqueados, de aquella raza de víboras que eran la ruina de Israel.

La plebe judía apetecía faccionarse contra Roma; Jesús enseñaba que se diese al César lo que es del César.

La plebe menospreciaba a los em-

pleados del fisco llamados publicanos; Jesús elevó a un publicano a la dignidad de Apóstol.

El pueblo judío estaba infeccionado por el virus de la avaricia; Jesús fustigaba con dureza vicio tan repugnante.

¿Por qué iban las muchedumbres entusiasmadas en pos del Profeta que les reconvenía?

¿Por qué se hizo tan popular el Salvador en su país sin condescender con sus yerros, preocupaciones y vicios?

Porque el pueblo se sentía hondamente amado por El.

Las páginas de los libros santos reverberan el amor que sentía Jesús hacia los niños; el Evangelio refleja un cuadro de inefable dulcedumbre, de poesía indescriptible, de perfume delicado, de sentimiento que representa la angustiada persona del Salvador rodeado por ellos, erigido tutor suyo que destruiría la bárbara costumbre de la civilización pagana que abandonaba a unos por desgraciados y convertía a otros en artículo repugnante de granjería criminosa.

Sus palabras son effluvis de amor; su lenguaje divino electuario que satura de consuelos al pecador, al desgraciado, al enfermo, al afligido.

«Venid a mí todos los que andáis trabajados y oprimidos bajo la carga, y yo os aliviaré. Soy el buen Pastor, la verdadera vid, pan vivo que baja del cielo: soy la resurrección y la vida.»

Es amor con los menesterosos, imagen viva del pobre y ensalzador sin par de la pobreza.

Nació en suma pobreza, vivió desposedo con ella y murió desnudo en la cruz.

¿Cuántas veces movieron su corazón los gemidos del pobre, su corazón bondadoso acudió a remediar su pobreza o se anticipó su divina munificencia a los requerimientos de la necesidad!

No se habían cuidado las muchedumbres que le siguieron al desierto de llevar consigo medios para su sustento, pero bien pronto proveyó a su necesidad después de dirigir a sus discípulos estas palabras: «Compañión tengo de estas gentes porque ha tres días que están conmigo y no tienen qué comer, y si los enviare en ayunas a su casa desfallecerían en el camino, pues algunos han venido de lejos.»

El depara protección singular a los pobres que el mundo abandona, rechaza y oprime.

De sus labios divinos han brotado estas palabras: «En verdad os lo digo, lo que habéis hecho al más pequeño de mis hermanos lo habéis hecho conmigo mismo.»

Por eso pronunciara en el postrer día de los tiempos sentencia de bendición a favor de los hombres que hayan cuidado de los pobres, y sentencia de maldición contra los avaros y

los ricos que no hayan tenido entrañas de caridad para con ellos.

De su divino corazón destila Jesús el más acendrado y entrañable amor al influjo de todas las manifestaciones del infortunio humano.

Los milagros de Jesús son excelsa muestra de su infinito poder, y de consuno argumento concluyente de su divina ternura.

Quién no se conmueve al ver a Jesús afligido y acongojado derramar lágrimas sobre aquella ciudad ingrata y obstinada que tantas veces había procurado reducirla al buen camino obligándole a exclamar con sentido afecto: «¡Ah, si conocieses también tú por lo menos en este día que se te ha dado lo que puede atraerte la paz o felicidad! Más ahora está todo oculto a tus ojos. La lástima es que vendrán unos días sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán y te rodearán y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.»

¿Quién no admira y bendice aquella tierna y sublime frase: «no lloréis», que dirige el Hijo de Dios a una obscura y humilde galilea llorosa, transida de angustia por la muerte de su hijo querido?

¿Quién no siente dulce emoción por los rayos esplendentes de cariño, de conmiseración y de ternura que fulgura el Salvador de los hombres cuando pronuncia, conmovido aquellas palabras: «Lázaro, sal fuera», con las cuales restituye la vida a su amigo y la tranquilidad y la alegría a su familia amada?

Es amor que se comunica por doquier para dulcificar los humanos quebrantos; es amor que se complace en restituir la salud a los enfermos, en dar vista a los ciegos, en infundir vida a los muertos.

Es amor con los pecadores, solícito en la parábola del Buen Pastor, que lleva sobre los hombros a las ovejas descarriadas, ardoroso y tierno por el hombre arrepentido en la del Padre del Pródigo.

Tiene rostro apacible para Judas protervo y pérfido discípulo que le vende, ojos de misericordia para Pedro infiel que le niega, otorga su gracia al buen ladrón que le invoca, pide indulgencia a su Eterno Padre para aquel pueblo infiel, ingrato e inicuo que le atormenta, escarnece y crucifica.

Es amor que no se detiene ante los excesos horribles de los hombres contra ese Sacramento, ante la proterva diabólica de los herejes, ante las comuniones sacrílegas de los malos cristianos, ante el desvío de los hombres que le abandonarían en los sagrarios.

Todo esto tiene ante sus ojos y quie-

re, sin embargo, darnos una prueba más grande del amor que nos tiene; quiere que este prodigio que no realizó más de una sola vez en el Calvario se perpetúe sobre nuestros altares para satisfacer su amor extremo dándonoslo todo del modo más íntimo y ser alimento que conforta, médico que salva, precio de nuestro rescate.

Se propone cautivar nuestros corazones, fortalecer nuestros espíritus, ser compañero que nos guía por el erial de este mundo, verdad segura que nos ilumina nuestro último destino.

Quiere tener sus delicias en estar con los hijos de los hombres.

I. M.

Mis palabras no pasarán

Se aproximaba la hora angustiada de la Redención. Jesús, en compañía de sus Apóstoles, salió de Jerusalén por la puerta que daba a Betania y al monte Olivete.

El sol declinaba a su ocaso, como iba también a su ocaso eterno el pueblo deicida.

Jesús y sus Apóstoles descendieron en silencio por la empinada colina, pasaron el Cedrón y emprendieron la subida del monte Olivete. Desde este sitio aun se ven hoy unas enermes piedras, únicos vestigios que quedan del magnífico templo de Jerusalén, edificado por Trobadel y hermozado por Herodes, en el sitio en que estaba emplazado el «Sancta Sanctorum se levanta hoy la mezquita de Omar.

En la muerte de Jesús se acumulaban las sangrientas escenas de la pasión que iba a dar principio dentro de muy pocas horas.

Fatigado por esta visión sangrienta mas que por la pendiente de la montaña, buscó Jesús reposo en un recodo del áspero sendero, y se sentó, mirando a la ciudad ingrata.

Formaron grupo los Apóstoles alrededor de Jesús. Un silencio triste y solemne selló los labios del Redentor.

En la vertiente opuesta, el templo alzaba su mole gigantesca de nieve y oro, que refulgía cual inmenso topacio a los últimos destellos del sol poniente.

Oíase sólo el murmullo triste del Cedrón en el fondo del valle, y el vago rumor de la ciudad, donde se adaptaban las últimas disposiciones para perpetrar el mas nefando de los crímenes.

El sol se hundía avergonzado al otro lado de la Ciudad Santa, y las primeras sombras del atardecer flotaban cual in-

palpable velo sobre las techumbres de la ciudad de Jerusalén.

En aquella hora de sublime calma y de intenso misterio, levantóse Jesús para pronunciar la mas terrible de las profecías. Anunció a sus Apóstoles la destrucción de aquél templo cuyos sillares parecían desafiar a la eternidad, y los señales que procederán a la fin del mundo.

Las profecías del Maestro cayeron como losas de plomo sobre los corazones de los Apóstoles. Pero de labios del Redentor brotarón tambien palabras de intensa consolación «Ha llegado, les dijo, la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado»; pero recordando que a la glorificación debían preceder la Pasión y muerte, añadió: «El que ama su vida, la perderá, al paso que el que aborrece su vida en este mundo, la reservará para la vida eterna....»

«El Cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Y realmente; las sombrías tristezas de la Pasión se cambiaron pronto en los esplendores y la gloria de la Resurrección.

Todo pasa, menos la palabra de Dios.

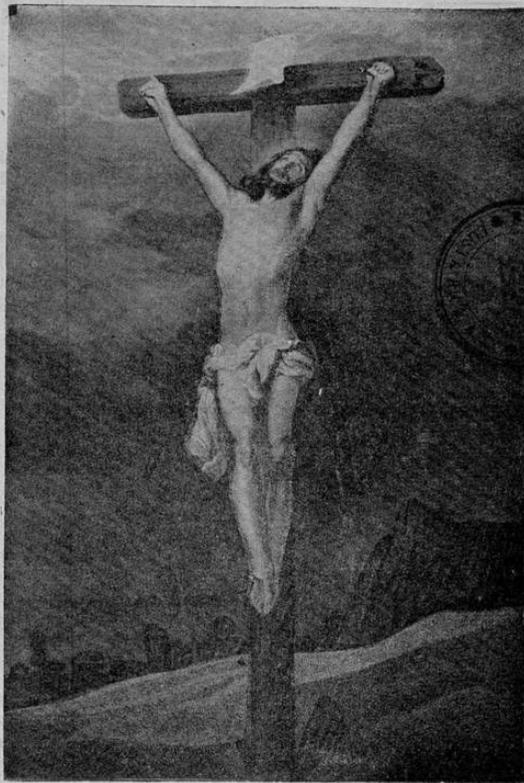
Se hundieron en el polvo de sus tumbas, execrados por todas las generaciones hasta el fin de los siglos, Caifás, Anás, Pilatos, escribas, fariseos y sacerdotes.

Hundióse en el olvido del tiempo el trono de los Emperadores Romanos con toda su magnificencia y esplendor, mientras perdura al través de los siglos la Iglesia fundada por el Crucificado.

Arrio, Eutipes, Nestorio, Lutero, Calvo, Voltaire, Rousseau, y toda la falange brillante y poderosa de herejes y enemigos de la Iglesia padecieron la vana quimera de acorralar y destruir a los seguidores de las doctrinas del Mártir del Gólgota. Pero ellos y sus enseñanzas han caído en el olvido de las gentes, mientras la Iglesia católica sigue cantando su eterna Resurrección. En nuestros días ha arreciado la lucha secular: la Masonería, depositaria de todos los errores de las viejas herejías, se ha apoderado mañosamente de los hogares y las Escuelas, de los Parlamentos y los Gobiernos; cuenta entre sus filas a sabios de renombre, a políticos influyentes, a ricos y potentados, a reyes y emperadores. Parece que va a estrujar con su inmensa fuerza la navecilla de Pedro.

Pere el anciano Piloto vence las olas enfurecidas, y desde la mas elevada cúpula del Vaticano, al grito mágico de *Instaurare omnia in Cristo*, guía a puerto seguro la nave triunfante, y sin ejércitos, sin dominios, sin riquezas contempla la furia impotente de los enemigos del Crucificado, que asisten a la eterna Resurrección, al florecimiento perpetuo de las enseñanzas de Cristo.

«El Cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».



* A la Hora de Nona *

¡Muda la inmensidad! Sobre la cumbre de altivo monte el Salvador moría, mientras en torno de la cruz bullía, bèoda de placer, la muchedumbre.

Un vaho de infinita pesadumbre por doquiera la atmósfera vertía, y de los ojos del Señor surgía tranquilo mar de redentora lumbre.

¡Cuanta desolación! Naturaleza desbordaba torrentes de tristeza al ver morir al Hacedor bendito.

Y en tanto que el Maestro agonizaba, el sol, como un gran huérfano, bañaba con sus lágrimas de oro el Infinito

F. Restrepo Gómez

SAETAS

Subid aprisa, oraciones!
 ¡subid con ansia, deseos!
 ¡Rasgad con vuestras centellas,
 abrid con vuestros ingenios
 las tinieblas de la noche,
 los muros del firmamento,
 y herid con vuestras espadas,
 sujetad con vuestros hierros
 a Aquél por quien yo suspiro,
 a Aquél por quien yo me muero!

¡Quisiera tener cien almas
 con qué adorar a mi dueño;
 quisiera tener cien vidas
 y dárselas por un beso;
 tener tantos corazones
 como estrellas tiene el cielo,
 y cuando más palpitasen,
 arrancármelos del pecho
 y engarzárselos en el hilo
 de luz de mi pensamiento,
 como un collar de rubíes
 para el dulcísimo cuello
 de Aquél por quien yo suspiro,
 de aquel por quien yo me muero!

Quisiera, Señor, gozarte
 cara a cara y seno a seno,
 desfallecer en tus brazos
 con tan hondo arrobamiento
 que el almá se me saliera
 de los labios, como un beso.
 Que las fibras de mi carne,
 que las venas de mi cuerpo
 fuesen ligas, fuesen lazos
 que me ataran a tu pecho
 con deleites infinitos
 y con amores eternos

Mas ¿como pedir tal gloria?
 ¿quién soy yo, ni qué merezco,
 pobre gusano de luz
 que se arrastra por el suelo?
 Para tí todo, Dios mío,
 que yo para mí no quiero
 más que el puñado de tierra
 donde se pudran mis huesos.
 Y si al borde del sepulcro
 sobre el césped de un sendero,
 brotase una florecilla,
 ese será el postrer beso
 que los labios de mi carne
 le den a su dulce dueño,
 a Aquél por quien yo suspiro,
 por quien lloro y por quien muero...

¡Oh noche, oh sombras, oh alturas,
 oh soledad, oh misterio!
 ¡Mar sin orillas, poblado
 de estrellas y de secretos!
 ¿Jamás de mis oraciones
 me devolveréis los ecos?
 ¿Qué dicen vuestros abismos?
 ¿Qué dicen vuestros silencios?
 ¿Se han de quebrar mis saetas
 en vuestros muros de hierro?
 ¿Se han de hundir mis esperanzas,

como naves sin gobiernó,
 bajo las siniestras olas
 de un mar oscuro y desierto?
 ¿Y he de vivir abrasándome
 para morir más sediento,
 morder el polvo y en polvo
 tornarme? ¡No! vive el cielo!
 Si en ese mar tan callado,
 si en ese azul firmamento
 no hubiera más ley ni origen
 que el azar rebelde y ciego,
 forjársen eternidades
 y paraísos espléndidos
 con el ímpetu y la fuerza
 del amor y del deseo.
 La caridad bastaría
 para dar al mundo un cetro,
 para levantar el trono
 del divino Nazareno
 con muros de corazones
 y con pedazos de cielo.
 Mas, este ardor insaciable

y esta inquietud y este fuego;
 dominadores de abismos,
 pobladores de silencios;
 estas rabiosas ternuras,
 estos voraces deseos,
 estas ansias estos trenos,
 y raptos y calenturas
 y amores y sufrimientos
 ¿quién los pone en nuestras almas?
 ¿quién los clava en nuestros pechos?
 Estas voces inflamadas
 del más alto sentimiento,
 querellas, fiebres, delirios
 hambre de Dios, sed de cielo,
 ¿qué son sino resplandores
 vislumbres y centelleos
 de la infinita hermosura,
 del amor vivo y eterno
 de Aquel por quien yo suspiro
 de Aquel por quien yo me muero?

Quien ama profundamente
 sabe que todo está lleno
 de semblantes y de espíritus,
 de callados pensamientos,
 de palabras escondidas
 y de inefables misterios;
 que no hay un rincón vacío
 ni en la tierra ni en el cielo;
 que la soledad es alma
 y la eternidad silencio....

Dios nos habla a todas horas
 con suavísimos acentos;
 nos habla como a hurtadillas,
 nos habla como en secreto,
 con un rumor tembloroso
 de canciones y de besos;
 mas, andamos distraídos
 y escucharle no sabemos.

Hay que vivir de rodillas,
 hay que vivir en acecho
 de estas palabras tan dulces,
 de esos avisos tan tiernos:

hay que vivir siempre en vela
 puesta la mano en el pecho,
 siempre alerta los oídos
 y los párpados abiertos;
 hay que despertar al ángel
 que todos llevamos dentro,
 mientras la bestia se rinde
 vencida del torpe sueño.

Todo es amor, todo es vida,
 todo es altar, todo es templo....
 Dios camina por el mundo,
 recorre nuestros senderos,
 se alberga en nuestros hogares
 vive en nuestros aposentos
 y en la sombra de la noche
 se acerca hasta nuestros lechos....

¡Oigo, Señor, de tus hablas
 el dulcísimo aleteo,
 como un volar de palomas,
 como un zumbido de insectos
 en los aires, en las aguas,
 en las frondas, en los céfros,
 en el tumbo de los mares,
 en el silvo de los vientos,
 en la voz de las fontanas,
 en los ventales del cedro
 y en los tajos y en las cumbres
 y en la noche y el silencio
 que es la pausa melodiosa
 de tu divinos conciertos!
 Escucho el blando latido
 de tu corazón inmenso,
 como una música suave,
 como el compás de unos versos,
 en el latir de mi sangre
 y en el temblor de mis nervios,
 en el ritmo de las cosas,
 en el orden de los cielos,
 en los astros, en la viva
 pulsación del universo....

Y escucho el manso respiro
 de tu fervoroso pecho,
 y tomo tus blandas manos
 y sufro el divino peso
 de tus carnes en mi alma,
 de tu espíritu en mi cuerpo,
 y aborto, sin pulso, herido
 de tanto amor, desfallezco,
 todo deleite gozando,
 toda ciencia conociendo....

¡Salid del alma, oraciones,
 que estas cosas con que sueño
 podré alcanzarlas un día
 en vuestras alas de incienso!

¡Subid a prisa oraciones,
 subid con ansia, deseos,
 subid a la patria mía,
 con tan abrasado afecto,
 que os clavéis como centellas,
 en el corazón inmenso
 de Aquel por quien yo suspiro,
 de aquel por quien yo me muero!

La Iglesia Crucificada

Los recuerdos históricos de la pasión del Señor traen mas que nunca a la memoria del fiel cristiano, en estos días, las presentes amarguras de la Iglesia Crucificada.

En cruz, si, vedla en la cruz a la inocente víctima que, como su Maestro, lleva sobre si las iniquidades de todos, inmolándose de continuo por la salvación de todos. El mundo moderno es el calvario de este nuevo y desapiadado deicidio; acerquémonos, lectores míos, al teatro de la dolorosa tragedia, atendamos a las acusaciones que arroja de sí el infeno proceso. Nada más irritante, pero tambien nada mas instructivo: la cruz es un cadalso, pero es tambien una cátedra, y las lecciones que en torno de ella se recojen, compensan bastante lo angustioso de las lágrimas que la indignación hace derramar a los corazones generosos. El espectáculo del suplicio y de sus circunstancias tiene aquí una elocuencia, que desamos hoy mas que nunca les pase desapercibido a nuestros amigos.

Que el mundo moderno se halla en abierta y tenaz rebeldía contra la Iglesia católica, fuera decir poco si no añadiéramos que esta rebeldía es ya clara y desenmascarada persecución. Persecución si, y nadie se asombre de la entereza con que repetimos la palabra. Persecución si; la Iglesia Católica, en el siglo veinte, en las naciones del mundo se halla, no ya solo desatendida y despreciada, no únicamente tolerada como institución mortificante y enojosa, sino verdaderamente perseguida como contraria al bienestar general, nociva a los públicos intereses, incompatible con lo que se llama la civilización y el progreso moderno. No tenemos para que pasar revista a las naciones de todo el mundo para cerciorarnos de esta verdad. Con menos riesgo y mayor calma lo hará por su cuenta cada uno de nuestros lectores; contentémonos nosotros con dejar perfilados los rasgos generales del cuadro, al que añadirán ellos los convenientes detalles.

¿Que ha hecho lo Iglesia católica para que la maltrate como vemos el mundo moderno? Libros deberíamos escribir, y no artículos, para contestar cumplidamente a esta pregunta..

Para hacerlo como en cifra y abreviatura, diremos que no ha hecho mas que bien. Considerémoslo, aun bajo el aspecto meramente humano, ya que este es el que toman por blanco del ataque sus enemigos, y veremos que nunca se vieron mayores bondades pagadas con mas negras ingratitudes.

Tuvo durante muchos siglos el ascendente de la autoridad y reconocida cierta alta dirección sobre todos los poderes del mundo, y la ejerció siempre en bien de los débiles y de los oprimidos.

No hubo abuso del poder que ella no anatematizase, ni antojo despótico a que se rindiese, ni atropello público o privado contra el cual no protestase. En los siglos de su odiada preponderancia desempeñaba con grandiosa magestad el papel de *tribunado del pueblo*, y a la vez que con una mano colocaba y aseguraba sobre la frente de los reyes la corona, trazábales con la otra una valla severa que los contenía en los límites del respeto a la ley de Dios y a los derechos de la dignidad humana.

Tuvo el ascendente del genio, y derramó a manos llenas los tesoros de la ciencia sobre las naciones; creó museos, formó bibliotecas, protegió las artes; puso en las manos del hijo del pueblo el libro, el pincel y el buril, antes de que conocieran siquiera estas cosas los que en daño suyo quieren alzarse hoy con el monopolio de toda ilustración y de todo progreso.

Tuvo el ascendente de las riquezas, y las empleó siempre en beneficio de los pueblos, proporcionando consuelo a todo dolor y alivio y toda miseria. Fué la tesorería de los pobres en el mas hermoso y exacto sentido de la palabra. Todo lo que se ha hecho en el mundo, de veinte siglos acá, en materia de beneficencia pública y particular, es obra suya. De todo puede reclamar, con los títulos en la mano, la exclusiva paternidad.

Agregad a estos beneficios de orden superior, aunque menos tomados en cuenta por nuestro siglo groseramente materialista: el nombre de Dios concido y glorificado; las costumbres purificadas, la naturaleza humana elevada a la santidad; la autoridad paterna ennoblecida; el nudo conyugal santificado; la mujer elevada al rango de compañera del hombre; el esclavo rotas las cadenas de cuarenta siglos; nuevo derecho internacional; nuevo espíritu en la legislación; en una palabra, en lugar de la civilización pagana, egoísta, brutal, degradante. Y todo obra suya, de sus Apóstoles; todo debido al lento trabajo de los Pontífices, todo hijo del perseverante cultivo de su clero, todo en una palabra, milagro y puro milagro de su intrínseca divina virtud. Y a todo esto, ¿que se le dá por paga? ¿Como se le agradecen tantos desvelos? como se le recompensa tanta abnegación y sacrificio?

¡Ah! Presentes nos figuramos estar hoy día en la plaza de Jerusalén, y oír la destemplada gritería del pueblo judío; cuando continuamente llega a nuestros oídos la gritería de nuestro incrédulo siglo, cuando observamos las maquinaciones de las sectas. Aquí como en Jerusalén, son contradictorias las acusaciones, y se refutan uno a otro los falsos testigos. Escuchadlos por vida vuestra; ¿quien no los oye a cada día?

«La Iglesia es enemiga de la libertad; es enemiga de los gobiernos; seduce a las turbas; perturba las conciencias; alborota las masas; es atrasada, ignorante, aborrece la luz; es activa, tenaz

acaparadora de todo. Posó su época, carece de toda influencia; el Pontificado, es una monía de la edad media, el Vaticano su pantón; está muerta. Guardarse de ella es una conspiración contra la civilización etc. etc.

¡Gran Dios! Y este es el proceso contradictorio (y no hay otros amigos míos) y es este el proceso absurdo por el cual se la sentencia a muerte, y se carga sobre sus espaldas la cruz, se la conduce cuesta arriba de un doloroso Calvario, y se la crucifica y se la sacia de hiel y vinagre entre blasfemias, sarcasmos y rechifla de la multitud seducida por quienes tienen sobrado interés en mantenerla en tales errores y preocupaciones. Y son estos los cargos que pesan sobre la frente de la augusta víctima, y por ellos la tienen clavada en cruz como malhechora, a ella la enviada del Cielo.

¡Oh! Dejad, dejad, amigos míos, dejad que pase esta breve tarde de Viernes Santo con sus angustias y tinieblas. En cruz está la Iglesia, si, en cruz está, pero la cruz en que está crucificada la ha clavado a su vez Dios como una cuña en el corazón del mundo; y por mas que forcejee este mundo para arrancársela de sí, y por mas que en esta empresa le ayude el infierno con todos sus furoros no temais, la cruz no será arrancada. La cruz en que vive crucificada la Iglesia es a la vez el trono con que reina sobre el universo y el yugo con que enfrena bajo sus pies todo el poderío de Satanás. Lo prometió Dios, y lo muestra veinte siglos há la Historia, y lo canta en estos días con sublime magnificencia la Iglesia: *Regnavit a ligno Deus*, Dios reinará desde la cruz eternamente.—F. S.

CRISTO

Venía del Oriente, como el Sol. Venía de la Mesopotamia, dejando sobre mares y desiertos larga estela de lágrimas.

Su inefable mirada, siempre triste, se quedaba en las almas; como un rayo de sol hecho brillantes, se queda en la montaña.

Su palabra, era pan. Y la hechó toda sobre la hambrienta raza, que gruñó al recogerla. ¡Cocodrilo atrapado una garza!

La tribu miserable se nutría de aquel pan con sustancia, que fecundó malditos embriones de flores de escaleta.

Y se fué la blanquísima silueta perdiendo en la distancia... Como un dolor, la negra cabellera le caía en la espalda...

Ya sólo quedan de El, del compasivo, fulgores de miradas, como raros diamantes, incrustados en el duro carbón de nuestras almas.

JOSE M. QUESADA

A Jesús Agonizante

Ya expiras, oh Jesús en el madero,
la mortal palidez de tu semblante
marchita tu belleza, agonizante
cierras tus ojos, celestial Cordero.

Y en tanto que te ultraja el pueblo fiero,
como hoy el sarcástico pedante,
Tú quieres darnos, Redentor amante,
la última prenda de tu amor sincero.

Pues no bastaba, Cristo, todavía,
tus llagas, y tu llanto, y tu amargura,
y quedarte en la Santa Eucaristía?

Tu amor no se saciaba en tu agonía:
y no hallando que darnos, ¡oh ventura!
«Tomad: nos dijo; ¡y nos dejó a María!»

Federico Jara Bogantes

Heredia, abril—1916

SEMANA SANTA

Es la que por otro nombre llama la Iglesia *Semana Mayor*, y que fué antiguamente llamada también *Semana de los grandes misterios*.

Todo efectivamente es grande y misterioso en ella. Lo son los hechos que recuerda, lo son las ceremonias con que los conmemora, lo son los sentimientos que los inspira. No se puede dignamente hablar de la Semana Santa sin escribir sobre ella un libro entero.

Abrese la Semana Santa con el Domingo de Ramos, hermosa conmemoración de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalén pocos días antes de su muerte afrentosísima. Nada le faltó a aquella demostración sencilla para que fuese un verdadero triunfo. Entusiasmo popular, capas tendidas alfonbrando la carrera, laureles y olivos en torno del trífido, cánticos y vitores en bocas tierzas e inocentes. Alborozo y alegría que anduvieron mezclados con lágrimas de aflicción, pues el Salvador objeto de tantos obsequios vióse precisado a derramarlas sobre la ciudad veleidosa que se los tributaba, previendo su incostancia y los muy diferentes gritos con que dentro de poco debía pedir su muerte.

Ayudará en gran manera a la devoción de los fieles conocer día por día los sucesos de la Pasión del Señor durante la Semana Santa. Este Diario ha sido dispuesto muy sabiamente según los cuatro Evangelistas por el célebre P. Luis de la Palma en su magnífico libro, el mejor quizá que se conoce en lengua castellana sobre esta materia, titulado *HISTORIA de la Sagrada Pasión*. Vienen según él, ordenados los sucesos y los días de esta manera:

Domingo. Sale el Salvador de Beta-

nia, de casa de Lázaro, y llega a Jerusalén, que está cerca, y allí se le recibe en triunfo. Primeras Juntas de los fariseos. Vuelve a Betania.

Lunes. Por la mañana vuelve a Jerusalén; maldice a la higuera infructuosa; arroja a los profanadores del templo. Sale otra vez para Betania, que era su residencia favorita.

Martes. Vuelve a la ciudad. Pasando por el mismo camino, ven los discípulos seca ya la higuera maldecida el día anterior (símbolo terrible de la reprobación de la Sinagoga); habla el Salvador en el templo a los escribas y fariseos por última vez, y les echa en cara aquellas sentidas palabras: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas, etc.* Vuelve a Betania.

Miércoles. Se queda en Betania, al parecer todo el día. Juntanse otra vez los príncipes de los sacerdotes. Acuérdate prender a Jesús, si es posible, sin alboroto. Ofrece Judas su traición.

Jueves. Por la mañana envía Jesús dos de sus discípulos a preparar el cordero pascual. Alanochecer lo come con ellos según el ceremonial de la antigua ley. Hace luego la cena común, en la cual instituye el sacrificio de la ley nueva, o sea la santa Eucaristía, después de haber lavado los pies a los Apóstoles. Postre sermón. Sale Judas del Cenáculo. Da gracias Jesús y sale para el huerto de las Olivas, según costumbre. Adelantada ya la noche presentóse allí Judas, capitaneando a los esbirros de los judíos. Es conducido Jesús a Anas y a Caifás. Poco antes del primer canto del gallo, a la media noche, niega Pedro a Jesús. Vuelve a negarlo poco después, y otra vez, antes del segundo canto del gallo, a la madrugada.

Viernes. A primer hora es llevado Jesús a Pilatos, luego a Herodes, y otra vez a Pilatos. Azotes, coronación, *Ecce homo*. Entre diez y once se lava las manos el mal Juez, y da la sentencia de Cruz. A las once sale el Salvador camino del calvario, llega cerca de medio día a la cumbre de esta pequeña montaña. Crucifixión. Empiezan las tres horas de agonía. Siete palabras. Eclipse. Espira a los tres. Terremoto. Alanochecer, lanzada, descendimiento de la Cruz, y entierro del santo Cuerpo.

Sábado. Permanece sepultado el Salvador. Dispersos los Apóstoles. Recogida María Santísima con las piadosas mujeres y San Juan. A la tarde salen estas a comprar aromas para unguir al Señor la madrugada del domingo.

Domingo. Resucita a la madrugada el Señor, conforme a lo prometido: *Resucitaré al tercer día;* lo cual no exigía fuesen completos los tres días.

Recoja la piedad de los fieles estos devotísimos puntos de partida para sus meditaciones esta semana.

IMPRENTA Y LIBRERIA

APARTADO 809 Trejos Hnos. TELEFONO 825

NOTAS GENERALES

En íntima fiesta, celebrada en casa de su distinguida madre, le fueron entregadas al Ilmo. y Keymo. Dr. Claudio Volio, las bulas pontificias en que se le nombra Obispo de la Diócesis de Santa Rosa de Copán, República de Honduras.

El Encargado de Negocios de la Santa Sede, Mgr. Nalio, puso en manos del Dr. Medall, Magistrado por Honduras de la Corte de Justicia Centroamericana, las respectivas credenciales y éste las entregó al Ilmo. Dr. Volio, pronunciando un hermoso discurso en que hizo muy justos elogios de nuestro ilustre compatriota.

Renovamos con este motivo nuestras sinceras felicitaciones al Dr. Volio por el alto honor que le ha conferido el Romano Pontífice, y deseamos que de toda la República se dirijan demostraciones de simpatía a este meritisimo sacerdote, que es honra de nuestra Patria por su talento, ilustración y acrisoladas virtudes.

Se nos ha dicho que el Venerable Cabildo Eclesiástico iniciará en estos días una manifestación de cariño de todo el Clero para el Ilmo. Dr. Volio, preparando al efecto un magnífico regalo que se le dará el día de su consagración.

Nos complace sobre manera esa muestra de solidaridad y compañerismo, especialmente por ser objeto de ella un sacerdote costarricense de tan singulares méritos.

Como la semana próxima, es la Semana Santa, en que se conmemoran los augustos misterios de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, no publicaremos nuestra hojita, pues no queremos en estos santos días trabajar ni dar ocasión a que otros lo hagan.— Por tanto nos despedimos de nuestros lectores hasta la semana de pascua en que volveremos a nuestras tareas con nuevos bríos y entusiasmo.

Doña Julia Ramírez de González Víquez, esposa modelo, madre cariñosa y persona estimable de nuestra Sociedad, entregó su espíritu al Creador, después de haber sufrido pacientemente una larga y penosa enfermedad y de haber recibido con gran edificación los Santos Auxilios de la Iglesia.

Sus funerales y entierro fueron una grandiosa manifestación de duelo, por lo concurridos y por las numerosas ofrendas florales que se recibieron de sus amigos y parientes.

Presentamos al viudo, Ingeniero don Daniel González Víquez, y a sus demás deudos, el testimonio de nuestra sincera condolencia.